

peración y alianza activa, superando los mutuos estereotipos dominantes de investigadores y activistas. El investigador es percibido frecuentemente por el activista como una figura enclaustrada y ensimismada en práctica teórica de la academia, y los activistas como absorbidos en un trabajo cotidiano «urgente» que impide dedicar tiempo y energía para el reposo y el análisis de la información compilada de forma espontánea en el día a día de su trabajo. Ambos estereotipos son inciertos en su totalidad, aunque también encontramos una demasiado alta proporción que responde a ellos. A pesar de algunas iniciativas de investigación acción en el panorama español adscrito a las migraciones y los fenómenos racistas, aún falta mucho por hacer de ésta y otras perspectivas inspiradas en la idea de que hay opciones colaborativas y comprometidas que podemos y debemos priorizar en el establecimiento de relaciones entre los sujetos investigados y los investigadores, entre los usuarios y las ONG's. Ojalá esta labor y esta perspectiva pudiera predominar en el análisis, reflexión, intervención, y activismo contra el racismo en nuestro país.

LILIANA SUÁREZ NAVAZ

ENRIQUE SANTAMARÍA: *La incógnita del extraño: una aproximación a la significación sociológica de la «inmigración no comunitaria»*. 2002, Barcelona: Anthropos, 211 pp.

Podemos saludar en este libro, publicación de la tesis doctoral de su autor, uno de los esfuerzos más sistemáticos y rigurosos realizados en España por pensar los temas de que trata esta revista. Sistemático porque pone en primer plano algo que otros trabajos relegan a la condición de telón de fondo: el imaginario social de la inmigración, «la constelación de supuestos, ideas, metáforas, convenciones, etc., que componen el discurso sobre la «inmigración no comunitaria» (p. 10). Y riguroso porque, en esa tarea, el autor se embarca en el complicado ejercicio de reflexividad que supone considerar parte (y parte importante) de ese imaginario a la propia sociología, formación discursiva de las instituciones y personas legitimadas para producir un saber «científico» sobre la sociedad, y de la que sus mismas palabras de especialista universitario son parte.

El estudio presenta el gran acierto, inspirado por las teorías construccionistas cuya in-

fluencia se reconoce ya desde las primeras páginas (p. 8), de no tomar ese imaginario como algo situado *fuera* del fenómeno de la inmigración, a modo de una nube que arrojaría una sombra oscura sobre él, sino formando parte activa del mismo. En efecto: renunciando de entrada al vano propósito positivista de aislar los «hechos objetivos» de los de naturaleza simbólica (no menos reales por ser menos materiales), o mejor dicho, entendiendo lúcidamente que ambos se presentan siempre en lo social inseparablemente adheridos entre sí (de manera que no hay hechos puramente materiales, ni puramente simbólicos), Santamaría señala que las migraciones no serían lo que son, ni significarían lo que significan, si no estuviesen forjadas sobre el yunque de las ideas que todos (sedentarios y migrantes, políticos, periodistas, sociólogos...) nos hacemos de ellas, proyectándolas a través de nuestros discursos, prácticas e instituciones. Si esta investigación no es otra descripción más de prejuicios de la sociedad española sobre los inmigrantes es porque, siguiendo las enseñanzas de Foucault, cuya obra está muy presente a lo largo de sus páginas, Santamaría acierta a insistir en el lado ac-

tivo y productivo del imaginario (es decir, lo que ese imaginario tiene en sí mismo de hecho social, resultado de unas prácticas discursivas producidas por determinados actores en circunstancias históricas concretas), en vez de limitarse a mostrar su lado pasivo o «negativo», compuesto por los errores cognitivos que nos impedirían una percepción correcta, supuestamente libre de estereotipos, de los fenómenos migratorios.

Este esfuerzo intelectual lo sitúa en el lugar teórico privilegiado descrito en aquel libro hoy clásico titulado *El oficio de sociólogo*, de lectura más que conveniente para quienes se dedican a estudiar la inmigración, dado el riesgo inscrito en ese campo de caer en errores de bulto como el etnocentrismo, el miserabilismo, el culturalismo, la adopción acrítica del punto de vista del Estado (macro-agente institucional encargado no sólo de resolver los problemas sociales ligados a los movimientos de población, sino también de promover su investigación sociológica), etc. Nos referimos al lugar teórico donde se cruzan la sociología del conocimiento y la reflexión epistemológica. La primera ayuda a analizar las presuposiciones que el sentido común conside-

ra verdades evidentes, y de las que los sociólogos no se libran así como así, pues ellos también son parte de la sociedad que estudian; la segunda usa herramientas filosóficas para analizar los problemas propios de la actividad científica, en su constante vaivén entre la teoría y la práctica de la investigación. Y si ambas se cruzan y se fecundan es porque esa actividad científica es inevitablemente una forma social de producción de conocimiento, con sus propias presuposiciones que, sin ser exactamente las del sentido común popular, actúan como *ídolos* (en el sentido de Bacon) ante los que los científicos se postran sumisos. Por ello, es necesario analizar sociológicamente las condiciones sociales en que se produce la sociología de las migraciones, y otra de las virtudes de este libro es la de mostrar cómo ese discurso sociológico no sólo recibe pasivamente los tópicos del imaginario social, sino que también los reproduce activamente y los devuelve al conjunto de la sociedad, consolidados y revestidos de la legitimidad que el saber culto otorga a todo lo que toca.

Pero veamos cómo todas estas cuestiones se ordenan linealmente a lo largo del libro, que está estructurado en un

exordio, tres largos capítulos y una exoducción. Partiendo de la certera constatación de la escasez de «análisis acerca de la dimensión ideológica o simbólica del fenómeno [de la inmigración] y de las implicaciones cognitivas y sociopolíticas que ésta conlleva» (p. 4), las páginas introductorias están dedicadas a presentar el objeto de estudio y las posiciones teóricas desde las que éste se va a abordar. Ya en el primer capítulo se observa el desplazamiento teórico operado por Santamaría («nuestro objeto de estudio no han sido los migrantes, sus situaciones y características sociales y culturales, sino la problematización que de ellos se viene haciendo en la sociedad española», p. 178), doblemente central dentro del proyecto que se fija este autor. En primer lugar, porque le permite superar el reduccionismo en que se cae cuando, pretendiendo hablar de las migraciones, se acaba hablando de los inmigrantes, como si toda la complejidad del fenómeno se agotase en la descripción de los rasgos de esa población: su tamaño, sus características, su distribución, las actitudes y estrategias de los sujetos que la componen, etc. (simplificación nada casual, pues coincide estrictamente con aquello

que le interesa conocer a los agentes sociales encargados de la gestión biopolítica de las poblaciones). Y en segundo lugar porque, dada la naturaleza de su objeto de estudio, ese desplazamiento tiene valor de ruptura epistemológica (por decirlo en los términos de Bachelard) mediante la cual poder objetivar lo que él mismo llama (p. 3), adoptando los términos de Fatima Mernissi, el «discurso sonoro» sobre la inmigración, esto es, el de quienes tienen el poder de hacerse oír a través de los *media*, la escuela, la legislación, los debates políticos o las publicaciones de los especialistas en la materia. De no haberlo hecho así, difícilmente el autor habría podido tomar las distancias necesarias para adoptar la postura reflexiva que inspira su texto.

El segundo capítulo tiene un tono más académico, pues cumple con el ritual universitario (ya dijimos que el origen del libro era una tesis doctoral) de la glosa de autoridades, requisito para adquirir el derecho de hablar con una voz propia institucionalmente sancionada. Los sociólogos elegidos para ello son Simmel, Durkheim y esa autoridad colectiva a la que llamamos *La escuela de Chicago*, y el buen tino de esas elecciones queda

patente en la capacidad de nuestro autor para extraer de sus obras elementos útiles para iluminar la problemática que le interesa tratar. Esto sucede particularmente en el caso de Simmel, y podemos agradecer por partida doble a Santamaría el haberlo traído a las páginas de su libro, pues además de acercarnos así a un autor poco estudiado en España nos muestra lo valioso que resulta el retrato simmeliano de la figura del *extranjero* (que «no es el *bárbaro*, el *tártaro*, el *beréber*, todos ellos habitantes ajenos a la ciudad y por ello mismo a la humanidad, sino que es el *meteco* [...] que se define por no pertenecer a ese espacio social desde siempre y por incorporar cualidades que presuntamente no proceden ni pueden proceder de él», p. 72) para entender cómo la inmigración extracomunitaria encarna en la Europa de hoy esa alteridad cercana y presente que proyectan sobre ella las voces, terriblemente sonoras, que hacen de los inmigrantes los nuevos *extranjeros*, atribuyéndoles toda clase de costumbres e ideas amenazantes para eso que fariseicamente llaman *nuestra civilización*.

El tercer y último capítulo es también el más largo y enjundioso, pues en él se entra a fondo a analizar las figuras re-

tóricas mediante las cuales la sociedad española discurre sobre la «inmigración no comunitaria», expresión que el autor usa siempre entre comillas, distanciándose así de un sintagma tan acuñado que funciona ya como una de esas figuras retóricas, por mucho que se nos aparezca como meramente denotativo. Las páginas iniciales nos llevan al momento histórico, allá por la segunda mitad de los años 80, en que esa inmigración (que existía ya antes, aunque en dimensiones menores) comienza a hacerse visible en España. De nuevo el autor nos recuerda con lucidez que lo discursivo precede históricamente a lo visible, es decir, que una sociedad empieza a reparar en un fenómeno a partir del momento en que alguien con el poder para movilizar su atención le habla de él. En este caso, ese enunciado visibilizador no fue otro que la Ley Orgánica 7/1985 «sobre derechos y libertades de los extranjeros en España» (pp. 105-106). A partir de ese recordatorio se suceden las mejores páginas del libro, donde va desgranándose minuciosamente todo el contenido de la expresión «España, país de inmigración» como acta simbólica de entrada de nuestro país en la tan deseada modernidad, identifica-

da sin más con Europa. Se analizan también algunos tropos tan sugerentes como los que emparentan a la inmigración con un flujo, una corriente o una ola («metáforas acuosas» que comparan a ese hecho social con fenómenos de la naturaleza que no se pueden evitar pero que se deben encauzar), o aquellos otros, de naturaleza militar o policial («invasión», «clandestinos», «tráfico de inmigrantes», etc.), que «asemeja[n] a los migrantes con soldados o combatientes, esto es, como enemigos en un conflicto, en una guerra. Así, su desplazamiento toma el carácter de una incursión y su presencia e instalación el de una derrota» (p. 121).

Pero la actividad desveladora de Santamaría no se limita a señalarnos esos tropos mediante los cuales los españoles expresan el desasosiego que les produce el asentamiento en su país de extranjeros provenientes del «Tercer Mundo», sino que también explora lo que hay detrás de esas figuras, analizando algunas de las representaciones más vigorosas del imaginario sobre la inmigración. Por ejemplo, la problematización constante de que es objeto, y por la cual aparece siempre ligada a problemas sociales; o la idea generalizada de que la panacea a

todos esos problemas radica en «la integración de los inmigrantes», a pesar de que no se sepa muy bien en qué consiste ésta (pues ello no se suele explicitarse, y cuando se hace, no hay consenso al respecto); o finalmente, la violencia con la que se hace del islam el reverso de la «cultura europea» (ayer por cristiana y hoy por laica), y el papel que juegan en esa proyección de alteridad las ideas sobre «la mujer en el islam», a la sazón encarnada en esas inmigrantes a las que ora compadecemos ora pretendemos liberar.

Como puntos débiles del libro hay que hacer notar un par de desaciertos conceptuales, como la confusión con que se trata una cuestión que el autor mismo señala como fundamental: la de la alteridad, considerada en el texto como «el efecto de la relación social entre dos heterogeneidades» (p. 7, y en términos muy parecidos en nota 4 p. 16, aunque salvando parcialmente la cuestión al hablar de «al menos dos heterogeneidades—el énfasis es nuestro—). No basta con recordar que la alteridad es una relación simbólica, si es para hacerla reposar sobre la existencia positiva de «dos heterogeneidades». ¿Por qué precisamente *dos*? Cualquier cuantificación de la he-

terogeneidad opera buscando las marcas por las que distinguimos a *lo otro* de *lo mismo*, de manera que las únicas posturas razonables en este punto serían las de no ver más que una sola (la de la sociedad como un todo) o múltiples, incontables heterogeneidades. Pero desde el momento en que vemos solamente dos (o tres, o cuatro... es decir, un número determinado de ellas) es porque ya está actuando la alteridad como principio rector de nuestra percepción, trazando fronteras para ordenar simbólicamente lo social y poblarlo de figuras. Por ello, de poco sirve abogar por «buscar un nuevo lenguaje, unas nuevas categorías y formas de pensar que no reifiquen la relación de alteridad» (p. 181), pues toda alteridad es ya reificación, en la medida en que reconoce la existencia de ese *otro*. En parecida confusión se incurre cuando se hace el esfuerzo de señalar que «los migrantes no están emplazados entre dos mundos, no viven entre dos culturas» para afirmar a continuación que «viven y construyen un entredós sociocultural» (p. 184). De nuevo: ¿por qué *dos*? Cuales serían las dos telas entre las cuales se borda ese entredós? ¿Una llamada *nuestra cultura* (que, bien lo sabe Santamaría, no existe

más que porque ese adjetivo posesivo la amalgama para darle apariencia de unidad) y otra llamada *cultura de su(s) país(es) de origen?*

Más notable es otro de los puntos débiles de *La incógnita del extraño*, éste de carácter metodológico: ¿por qué contienen sus páginas tan pocas referencias a los enunciados concretos donde se expresa o manifiesta el imaginario tomado como objeto de estudio? Aunque éste sea de naturaleza simbólica, sus huellas pueden encontrarse en numerosos documentos materiales. Esta separación artificial entre enunciados y discursos se refleja en la extraña posición que ocupa en la organización de los capítulos del libro el interesante apartado (titulado «Sociología e inmigraciones en España») en el que se pasa revista a la literatura española sobre la materia, y que aparece aislado en medio del segundo capítulo en vez de integrarse en el tercero, que es donde debería estar para poder señalar las apariciones, variaciones, evoluciones, etc. que tienen en la literatura científica los tropos y figuras retóricas analizados. Por ende, creemos que ese alejamiento de lo concreto, por el

cual parecería que por un lado están los textos (materiales) y por otro los discursos (simbólicos), impide que se ahonde más en la descripción de las condiciones y procesos históricos de producción de dichas representaciones, acentuándose así el tono ensayístico que marca fuertemente el libro en muchos de sus pasajes.

Pero el autor defiende de forma convincente y honesta (en lugar de tratar de ocultarlo bajo el manto púrpura de la cientificidad) ese carácter ensayístico, jugando con su doble sentido como género literario y como intento de realizar un ejercicio intelectual sin lastres. Por ello, porque esos pocos errores son menores al lado de sus más numerosos e importantes aciertos, y por el esfuerzo en evitar los lugares comunes a la hora de pensar todas esas cuestiones por las que transitamos quienes nos dedicamos a discutir sobre las migraciones, bien merece la pena que dediquemos algunas horas de lectura a acompañar a Enrique Santamaría en su viaje por el imaginario social del fenómeno de la inmigración extracomunitaria en España.

IÑAKI GARCÍA BORREGO